

DECOLONIZANDO TARTESO EN EL ESTUDIO DE LA PROTOHISTORIA MEDITERRÁNEA

DECOLONIZING TARTESSUS IN THE STUDY OF MEDITERRANEAN PROTOHISTORY.

Pablo González-Zambrano

Universidad de Granada

pgz1988@correo.ugr.es

<https://orcid.org/0000-0002-0527-4057>

Resumen

Tarteso ha sido uno de los temas más controvertidos de la historiografía española de los últimos cinco siglos, aunque sus menciones vienen desde el siglo VII a. C. En este trabajo pretendemos analizar cómo el concepto de Tarteso ha ido extrapolándose a cada contexto de producción historiográfica y los diferentes usos que se le han ido confiriendo. Para ello analizaremos las obras que tratan el tema de Tarteso y su contexto desde un análisis del discurso para comprender cómo la narrativa histórica del presente de producción ha ido colonizando el pasado del sur peninsular. Tal análisis, nos ha llevado a discernir que Tarteso está funcionando como bisagra entre el norte y el sur peninsular, con sus connotaciones coloniales, y escenario de la lucha entre Oriente y Occidente dentro del marco Mediterráneo. Por lo que la Protohistoria andaluza ha servido como base legitimadora para las pretensiones del norte sobre el sur.

Palabras claves: Tarteso, Protohistoria, Andalucía, Epistemologías del sur, Colonialismo, Monarquía.

Abstract:

Tartessus has been one of the most controversial subjects in Spanish historiography for the last five centuries, although its mentions date back to the 7th century BC. In this work we analyze how the concept of Tartessus has been extrapolated to each context of historiographic production, and the different uses that have been made of it. To do this, we examine works that deal with the theme and context of Tartessus and analyze the discourse to understand how the historical narrative of the present has been colonizing the past of the southern peninsula. Such analysis has led us to discern that Tartessus, with its colonial connotations, has functioned as a hinge between the north and the south of the peninsula and as the scene of the struggle between east and west within the Mediterranean framework. Hence, Andalusian protohistory has served as a legitimizing basis for claims of the north over the south.

Keywords: *Tartessus, Protohistory, Andalusia, Southern epistemologies, Colonialism, Monarchy.*

Introducción

La Historia tiene como base epistémica el discurso narrativo, obedeciendo este a un objetivo marcado que viene determinado por el contexto en el que se produce. Esto convierte al autor en presa de su tiempo, pues como dijo Arnaldo Mongoliano, los estudios históricos y arqueológicos se desarrollan en un marco cronológico y en un contexto sociopolítico concretos que los determinan. Thomas.S. Kuhn (1978)¹ consideró que habría de poner de manifiesto la integridad histórica de cada ciencia en su propia época, el objetivo sería estudiar que hacen los seres humanos, dónde, cuándo y porqué con el fin de comprender su producción (Mora, 1998: 13).

Aplicando esta hermenéutica al discurso histórico para intentar realizar un acercamiento a cómo se ha cimentado el concepto de Tarteso a lo largo de la historiografía, desde su primera aparición en autores griegos hasta la actualidad. Con ello pretendemos comprender los usos sociales que se le han otorgado a este concepto histórico a lo largo del tiempo, siempre desde una perspectiva de un poder central con un propósito legitimador, convirtiendo un fenómeno del sur en una respuesta del norte para justificar su existencia.

En estas páginas tenemos la intención de analizar la colonialidad del lenguaje en la forma en la que desde las instituciones españolas y castellanas se han teorizado el fenómeno de Tarteso para definir el sur de España, concretamente lo que hoy sería la región andaluza. Con ello ahondar en un fenómeno del sur mirado desde el sur, en el que muchos han visto la primera piedra de la cultura andaluza que se desarrollará en los siglos venideros.

Es nuestra finalidad estudiar como los diferentes paradigmas se han apropiado del epónimo de Tarteso, así como los usos para los que fue empleado dentro de cada contexto de producción histórica. Esta apropiación/colonización del concepto ha ido generando diferentes imágenes hasta desembocar en un fenómeno complejo poco legible en la actualidad, seguramente como consecuencia de la pugna por apropiarse de esta construcción historiográfica.

Por lo que aspiraremos a arrojar un poco de claridad en esta secuencia de redefiniciones de Tarteso. Para ello realizaremos un repaso a su evolución historiográfica, arqueológica y antropológica. Procurando llegar a plantearnos una serie de interrogantes que deseamos responder en las siguientes páginas; Si Tarteso es un producto de lo que hoy sería Andalucía tal vez debemos abordar como los habitantes de esta región y su historiografía han pensado sobre su pasado o si este, como veremos, ha sido una imposición norte-sur sobre este fenómeno histórico. En resumidas cuentas, trataremos de ver, si ha existido un Tarteso dentro de los parámetros de una epistemología del sur, o sin embargo nos ha venido impuesta una visión de nuestra Historia desde el norte, la cual hemos asumido y que en tal caso debemos decolonizar y replantearnos la pregunta ¿Qué es Tarteso? ¿Por qué Tarteso?, y si es posible un Tarteso desde el sur.

1. Re-pensar la protohistoria andaluza: reflexiones críticas

Antes de adentrarnos en el análisis sobre los diferentes discursos generados relativos al concepto de Tarteso, se hace obligatorio emprender un acercamiento al contexto en el que surgirá el mito, y posteriormente la historia. Tradicionalmente, la

1 Primera edición de 1962

Protohistoria se ha entendido como la etapa de contacto entre las sociedades ágrafas y las que ya poseen escritura. Este periodo se ha caracterizado principalmente porque pueblos más desarrollados nos aportan noticias sobre otros que están en fase de civilización inferior y se dirigen a la formación de sociedades complejas, las cuales pasarán a estar articuladas por un estado y fuertemente jerarquizadas (García Sanjuán: 2018, 11). Este momento abarcaría, en lo que al sur peninsular se refiere, desde la aparición de los comerciantes fenicios en las costas andaluzas y la fundación de sus colonias comerciales hasta la llegada del imperialismo romano a finales del siglo III a. C.

El colonialismo es un fenómeno que ha estado presente entre las sociedades a lo largo de la historia, aunque ha ido variando en sus formas y modelos, ya que, por ejemplo, en el caso fenicio se entiende como una dispersión de cultura, ideas, productos y tecnologías desde Próximo Oriente a todo el Mediterráneo. Esto provocó una mezcla entre las diferentes culturas que se encuentran a causa de su interacción, y por tanto dando lugar al surgimiento de nuevas identidades o grupos étnicos (Gosden, 2008: 78-89).

La definición tradicional de Protohistoria acarrea ciertos problemas que se vienen arrastrando desde el siglo XIX, como puede ser el uso de conceptos como *desarrollo*, *progreso* o *civilización*. Estos traen consigo una visión de la historia evolucionista por la que habitantes de distintas partes del mundo atraviesan procesos y cambios culturales similares, como una suerte de tránsito teleológico hacia las sociedades más desarrolladas (Johnson, 2010: 170-171).

Esta visión etnocéntrica de la cultura acarrió, en nuestro caso, una colonización discursiva de la Protohistoria por parte del historicismo decimonónico y que definió Tarteso como la mezcla de un estrato civilizatorio superior, el fenicio o el griego, con otro inferior, el autóctono. Este ha sido uno de los ejes de interpretación historiográfico sobre Tarteso y la Protohistoria de Andalucía, nacido a partir de un Mediterráneo Oriental más “desarrollado”, enfrentándose con aquellos que defendían que era una cultura en sí misma, producto del devenir histórico de las sociedades del Bronce Final del Suroeste peninsular. Más adelante abordaremos el cambio de polaridad a la hora de adueñarse de la realidad histórica tartesia, del eje Oriental-Occidental al Norte-Sur.

2. Entre el mito y la historia

Antes de comenzar con las primeras apariciones del concepto de Tarteso, deberemos hacer una pequeña alusión a otro concepto que será el que vertebrará sus inicios literarios, el mito. C. Lévi-Strauss lo definió como “... *narraciones con un alto contenido simbólico y referido a un tiempo pasado (en ocasiones) no localizable*”, lo que podría llevar a pensar que la historia sustituye al mito en las sociedades con escritura, aunque ambas desempeñen la misma función como mecanismo de asegurar que el futuro permanezca fiel al pasado y al presente (Levi-Strauss, 1987: 65). Por lo que la premisa del mito como una “falsificación” de la realidad la cual se contrapone a la historia, la desechamos en este trabajo y lo entendemos como una parte de la historia misma, ya que mito sería parte del imaginario colectivo de cada sociedad que escapa de la ideología y del tiempo. Otra cosa será los usos y abusos que se quieran hacer de él como elemento cultural a la hora de generar discursos identitarios (González Alcantud, 2014: 15).

Si algo parece estar claro, es que el mito no es estático y se renueva constantemente como un hecho diacrónico en la historia, por lo que debemos entenderlo como se piensa en la sociedad sin que esta lo note o como los mitos se piensan entre ellos, y no como una sociedad piensa en el mito (Levi-Strauss, 1972: 21 en González Alcantud, 2014: 16). Por otra parte, en las sociedades con escritura (Levi Strauss, 1987) la historia es la encargada de explicar y hacer comprender racionalmente los hechos culturales del pasado. Esto nos lleva a pensar que mito e historia cumplen una misma función que únicamente diferenciamos si la sociedad que lo emplea posee la palabra escrita o no a la hora de explicar sus orígenes o narrar sus acontecimientos pretéritos. Las finalidades y a los usos, tanto de la historia como del mito, entendiéndolos como construcciones y discursos con un fin explicativo, legitimador o identitario, nos conducen a entablar una conexión, que más allá de la definición de Levi Strauss (1987), nos hace reflexionar en la posibilidad de una función parecida y complementaria entre ambos (González Zambrano y Pulido Cobo, 2020).

En lo referente al mito de Tarteso, podemos analizar una doble vertiente; el mito del origen de Andalucía y el mito civilizatorio. El primero como el supuesto origen de la nación andaluza, ya que en este territorio sería donde se produciría la fusión de la cultura autóctona con unos elementos foráneos civilizadores, aportando uno de los principales rasgos de esta cultura, el componente oriental en occidente, así como el cariz civilizador. En segundo lugar y relacionado con este último elemento, están los mitos de héroes portadores de cultura (González Alcantud, 2014), elementos exógenos como Hércules, Gargoris y Habidis, los cuales traen consigo la “civilización” que entregan a esos pueblos menos “civilizados”. Esto mostraría una imagen reelaborada que refuerza estereotipos (Said, 1999) entre aquellos elementos que nos interesan de lo “oriental” y aquellos que son asumidos y mejorados por lo “occidental”, como serían posteriormente griegos y romanos para las sociedades herederas de Tarteso (González Zambrano y Pulido Cobo, 2020).

Por su parte la Historia busca comprender el pasado en términos racionales del presente con la intencionalidad de dejarlos para la posteridad, aunque no será hasta el siglo XIX cuando surja como disciplina con L. V. Ranke. Será entonces cuando comience a considerarse una ciencia, y por tanto a cambiar los límites del saber histórico y su finalidad. Con la llegada de la posmodernidad en las últimas décadas del siglo XX, se realizará una revisión a la forma de hacer Historia decimonónica en la que se pone de manifiesto la dificultad para delimitar la frontera entre literatura e historia, como planteó H. White (1973). El discurso histórico entonces queda enmarcado y cuestionado como un relato más asociado a la literatura y no como la base epistémica de la disciplina. Es aquí donde este trabajo busca visibilizar la conexión entre historia y mito en esa frontera de cuestionamiento surgida a raíz de la crisis de la Historia como disciplina científica.

El encuadre de estos discursos y su asociación a la textualidad, entendiendo ésta en términos de reflejo de lo ocurrido en el pasado (realismo y positivismo) alcanza al tan citado historicismo como núcleo duro de la interpretación y la causalidad última en la historia. Esto chocaría con los límites de la hermenéutica propuestos por Gadamer (1997), ya que en el caso de dar “vida” a esas culturas ya extintas en el presente existe una dificultad de interpretación asociada al acceso y límite de las fuentes. De ahí, que la labor hermenéutica surja ante la complejidad y los límites del propio texto y lo que en él se recoge.

Además, para estudiar el concepto de Tarteso podemos y debemos aplicar el análisis antropológico, puesto que los etnónimos (Brubaker, 2012) denotan la categorización

de aquellos grupos sin consultar a ellos mismos. Se genera, por tanto, un proceso de clasificación social donde aquellos definidos como tartesios serían diversos y complejos, pero simplificados por aquellos que deciden utilizar esa categoría. Entonces la distinción entre categoría analítica y de uso social aparece necesaria. Cabe preguntarse si aquellos que se designan como tartesios se denominaban como tales o si simplemente, son una categoría analítica al uso del discurso histórico e historiográfico. En consecuencia, aparece la necesidad de reestudiar muchos conceptos heredados de la historia romántica e historicista por parte del análisis histórico-cultural, todo ello al calor de la revisión antropológica del concepto de Tarteso y los significados asociados a él.

3. Tarteso. Un texto colonizado

Tarteso ha hecho correr ríos de tinta desde fechas muy tempranas, aunque su gran eclosión debemos situarla a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX. Durante este periodo han surgido una gran diversidad de interpretaciones; desde la negación de su existencia como identidad cultural o la de un reino opulento de corte oriental, hasta aquellos que se afanan en encontrar la ciudad perdida. Tampoco podemos olvidar una cuestión fundamental en este trabajo, que no es otra que el origen y de que es origen Tarteso, entendiéndose que dependiendo de la interpretación sobre su génesis se le conferirá una intencionalidad al texto determinada para su uso como agente legitimador.

No es nuestra intención, ni consideramos que este sea el espacio para realizar una revisión exhaustiva de todo lo que se ha escrito en referencia a Tarteso, principalmente por lo magno de la obra y porque sería más un trabajo de erudición que un análisis reflexivo de los elementos coloniales en el discurso histórico tartesio. Aunque sí realizaremos un breve repaso por el desarrollo y evolución del concepto de Tarteso a lo largo de su construcción historiográfica. Pretendemos advertir los cambios que se irán produciendo en cuanto a los usos y transformaciones del término dentro de cada contexto de producción literaria y de esta forma analizar si el texto determinará la finalidad o la finalidad al texto.

3.1. El mito tartesio

La aparición de Tarteso en la literatura, inicia su andadura de la mano de un personaje que no necesita presentación, Hércules o Heracles y de otro que marcará el origen de la monarquía tartesia, Gerión. La función del mito como explicación del origen de un grupo, tiene una variante en este caso, pues nos es narrado por los griegos, los cuales incluirán a sus héroes civilizadores en el relato. Por lo que, desde el principio, Tarteso y su génesis, se conformaran desde Oriente, lo que impide conocer cómo se pensaban los tartesios a sí mismos y su nacimiento y desarrollo como sociedad.

En la península Ibérica, el confín del mundo conocido por los griegos, Hércules realizará dos de sus doce trabajos y donde señalice el fin del mundo con el levantamiento de sus dos columnas, las cuales tradicionalmente se han identificado con el Estrecho de Gibraltar. En la isla de Eriteia, la que para muchos será la futura *Gadir*, donde Heracles logrará hacerse con los toros de Gerión. No debemos olvidar el simbolismo que adquirirá este animal en las culturas peninsulares (Celestino, 2016: 16).

En la *Teogonía* de Hesíodo (ss. VIII-VII a. C.) localizamos la primera descripción de Gerión como un monstruo alado de tres cuerpos y tres cabezas, nieto de la terrorífica Medusa, pero no tenemos referencias al topónimo. Ya con Estesícoro de Himera y su

Gerioneia (ss. VII-VI a. C.) se nos narra el nacimiento de Gerión en Eriteia “...más o menos en frente de la famosa Eritea, junto a los manantiales inagotables, de raíces de plata, del río Tarteso, en la gruta de una peña”.

Las menciones al décimo trabajo de Hércules las encontramos en autores como Apolodoro de Atenas, Hecateo de Mileto, Heródoto, Estrabón, Virgilio o Diodoro Sículo. Destaca la importancia metalífera de Tarteso, tanto en oro como en plata, por lo que no es de extrañar que el penúltimo de los trabajos hercúleos fuera robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, y que este se situara en la península ibérica.

La figura de Hércules como padre de Andalucía permanecerá a lo largo de toda la Modernidad, como veremos más adelante en el desarrollo de historias locales o del nacionalismo andaluz. Este héroe no solo fundará ciudades, sino que también acometerá grandes obras públicas. El hecho de domesticar y vencer a los Geriones les valdrá el título de “dominator”, y tras ello y las fundaciones urbanas el de “fundator”. Por lo que este héroe oriental venido por mar se naturalizará y se tomará como propio por las poblaciones autóctonas. Esta asunción de autoctonía es vital para arraigar y prosperar como mito local (González Alcantud, 2014: 44).

También cabe resaltar que autores como Pausanias o Solino nos transmitieron que una de las hijas de Gerión, Erytheia tuvo un hijo con Hermes, Norax, rey tartesio que se estableció en Cerdeña. La arqueología ha hecho que estos relatos cobrasen especial importancia con la aparición de la “estela de Nora”, en la que aparece una referencia a Tarsis. Por último, mencionaremos al rey tartesio Theron, que se enfrentó a los fenicios de *Gadir*, y que según S. Celestino (2016: 20) ha servido como argumento para aquellos que diferencian lo fenicio de lo tartesio.

En definitiva, podemos concluir que los mitos griegos se adueñaron de Tarteso a través de sus héroes, los cuales liberaron las tierras más occidentales del Mediterráneo de seres monstruosos y las hicieron aptas para el comercio y el establecimiento de griegos y fenicios en estas costas. Tierras que ya estaban civilizadas con la llegada de personajes semíticos como Gargoris y Habis, que proporcionaron las leyes por escrito, enseñaron la agricultura y prohibieron la esclavitud según el texto de Justino (s. IV d. C.), el cual se basó en un texto de Gneo Pompeyo Trogo del siglo I a. C. Aunque no entremos en profundidad diremos que la historia de Habis es una mezcla de mitos muy similares a los de Moisés, Sargón o Rómulo y Remo, por lo que su esencia oriental es bastante patente.

Cabe hacer un pequeño apunte sobre el concepto de *civilización* para poner más de relieve el significado de Hércules, Gargoris y Habis en el mito civilizador de Andalucía. El concepto de *civilización* griego está asociado, según J. Goody (2011), a su antagónico, *barbarie*, el cual le correspondería a los persas y que se iniciaría durante las Guerras Médicas. Es de este modo como comienza la genealogía del concepto de civilizado como una herencia desde la Grecia Clásica, del cual se han apropiado todas las civilizaciones que han tomado al mundo Heleno como su antecesora directa. Será a partir de este conflicto donde veamos la idea de Oriente contra Occidente, la *barbarie* contra la *civilización*.

A esto debemos unirle el concepto de “helenocentrismo”, acuñado originalmente por Enrique Dusell, el cual afirmaba que la Historia de la Filosofía al igual que Occidente se cimienta en el mito fundacional griego antes que en cualquier otro. De este modo podemos comprender la importancia de los héroes civilizadores o la propia Atlántida en nuestro imaginario a lo largo de siglos. Ese espejo griego helenocéntrico sobre el que se funda Occidente.

Tarteso se nos presenta como un reino gobernado por una estirpe de origen mítica, con una destacada riqueza metalúrgica y con una sociedad perfectamente estructurada y regida por leyes civilizadas. Este Tarteso mítico fue una creación griega para los helenos, con la intención de abrir nuevas rutas comerciales dentro del contexto de expansión colonial del Mediterráneo y sus disputas con los fenicios en el proceso colonizador. Por tanto, no responde con casi total seguridad a la cosmovisión que tenían los nativos del sur peninsular sobre su génesis, ni sobre sus deidades. Estos relatos sobre el "límite" sirvieron para que los marineros griegos se adentraran en una tierra que les era desconocida y que en su imaginario colectivo habían relacionado con el fin del mundo lleno de peligros como nos cuenta Homero en la *Odisea* o el mito de Jasón y los Argonautas para la zona del Mar Negro.

Sobre la visión de los fenicios a cerca de Tarteso no sabemos nada, ya que los posibles textos púnicos en referencia a este tema desaparecieron en la destrucción de la biblioteca de Cartago en 146 a. C.

El término oriental, bárbaro o incivilizado queda desprovisto de su significado primigenio, sino que, por el contrario, se refieren a lo lejano, lo extraño, lo peligroso o lo exótico, y que una vez civilizado a partir de la asimilación de mitos, como el de Hércules para Tarteso, quedarán occidentalizados y dentro de la esfera helena (González Alcantud, 2014: 45-46). Por tanto, nos encontramos ante la colonización de la identidad a partir del mito, la cual no se abandonará, sino que por el contrario cogerá más fuerza aún durante toda la Modernidad, quedando inmortalizado en la bandera autonómica de Andalucía. Así que serán los griegos los que le den la categoría de civilizada a las poblaciones tartesias, imponiéndoles a estas sus estructuras de pensamiento a través del mito, el cual ha perdurado en el imaginario colectivo hasta nuestros días.

3.2. El mito a la conquista de la Historia

Las fuentes grecolatinas comienzan a presentar a Tarteso como una realidad histórica heredera de los relatos míticos comentados anteriormente. La primera noticia con tintes históricos la encontramos en Heródoto y el viaje de Coleo de Samos fechado a finales del siglo VII a. C. y de los focéos a la corte de Argantonio en la previa a las Guerras Médicas. La no mención del topónimo en Homero y en Etesícoro de Himera parece inducir a pensar que estas tierras aún no eran conocidas por los griegos para el siglo VIII a. C. en opinión de S. Celestino (2016: 22).

La fuente más importante para el estudio de Tarteso es la *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno, que a pesar de ser elaborada en el siglo IV d. C., asegura el propio autor que utilizó fuentes púnicas arcaicas coetáneas o anteriores al siglo VI a.C., que hoy se encuentran perdidas según ha demostrado F. Villard (*Ora Mar.* 110-119 y 412-415). Parece que se basó probablemente en el periplo de Himilcón el Cartaginés en el que se nos narra su paso por el sur peninsular. Será la obra de Avieno la que tenga mayor eco gracias a la figura de A. Schulten y su búsqueda de la "ciudad perdida".

Las referencias a Tarteso son muy variadas en la Antigüedad, siendo estas la base de los posteriores relatos y tergiversaciones que se harán de este topónimo en los siglos venideros. Muchos autores clásicos han tratado o mencionado a Tarteso en sus obras, destacando Estrabón, Heródoto, Plinio, Pomponio Mela, Apiano o Cicerón, como recogió J. M^a. Blázquez en el congreso que se realizó en Jerez de la Frontera en 1968 bajo el título *Tarteso y sus problemas*. Todas ellas continúan con la tradición mítica, presentándonos un Tarteso opulento y civilizado, pero ya con rasgos históricos.

Por otro lado, la aparición o no de Tarteso en el Antiguo Testamento ha generado posiblemente uno de los más acalorados debates en cuanto a las posibles referencias en la Antigüedad. Este conjunto de noticias destaca por la utilización del término Tarsis, que no pocos han asociado con la denominación semítica de Tarteso, y en las que se nos vuelve a citar la riqueza comercial que emanaba de esas tierras (Villar, 1995) (Celestino, 2016: 31). Tanto las narraciones bíblicas como la de las fuentes clásicas serán el pilar sobre el que se erigirán los discursos esencialistas y legitimadores elaborados a partir del Renacimiento.

4. Tarteso y Modernidad. El sur en los discursos producidos por el norte

El vacío de textos referentes a Tarteso desde el siglo IV d.C. no se retomará hasta el siglo XVI, cuando surgirá un interés por las antigüedades en España a raíz de dos factores. El primero será el nacimiento de una conciencia nacional y la búsqueda de un nexo común para todas las poblaciones del reino a partir de la religión y de la lengua. En este caso se buscará un pasado remoto común, a partir de elaboradas invenciones literarias creadas por cronistas o historiadores locales, los cuales venían practicando este género desde la Edad Media. El segundo factor a tener en cuenta, es la identificación de la nueva sociedad moderna con la grecorromana, debido a la admiración que en ellos despertaba (política, ideológica y artísticamente). En consecuencia, nacerá un interés por los restos materiales, monedas y epígrafes, que ya se coleccionaban desde el siglo XV (Mora, 1998:18).

La historiografía del siglo XVI contempla a la protohistoria y a la antigüedad como el periodo en el que los españoles son invadidos por su carácter ingenuo y por su desunión política. Estos episodios no concluirán hasta la llegada de los Reyes Católicos, los cuales pondrán fin a la más indeseable de todas, la musulmana. De estos ocupantes extranjeros que no consiguieron quitarles su identidad a los españoles solo quedarán exentos los Godos, pues les permitió a los historiadores del XVI conectar con el periodo antiguo y con la monarquía, asegurando de esta forma su esencialidad hasta la unificación final de 1492 (Álvarez, 2005: 26-27).

A nivel historiográfico será cuando aparezcan las Crónicas e Historias Generales de España y *Libros de Grandeza* con el fin de la exaltación de la patria como primer nexo de unión de las diversas comunidades hispanas de principios de la Modernidad. Aquí es donde Tarteso se unirá a la Monarquía Hispánica en ese devenir histórico que es parte del esencialismo de lo español a través de la "Historia de España" de F. Ocampo, A. Morales y J. Mariana principalmente. En estas obras Tarteso se muestra como el origen de los españoles y de la monarquía, así como la causa de las invasiones extrajeras que no cesarán hasta finales del siglo XV. Se elaboran complicadas genealogías desde el nieto de Noé, Tubal, que será el primer poblador de España, llegando a Andalucía en 2163 a. C.

Se le ha otorgado a Andalucía el "honor" de haber sido el germen de la civilización poseedora de grandes riquezas, antes que Roma o Grecia, siendo este el motivo por el que los "pérfidos fenicios"² lleguen a la "piel de toro" en 822 a. C. A ellos se enfrentarán los grandes monarcas rescatados de los relatos clásicos que hablábamos anteriormente; Gargoris, Habis y Argantonio (Álvarez, 2005: 29-30). Los griegos encarnados en los focenses, se nos presentan como los aliados naturales de los

2 Término empleado por la historiografía del momento

reyes tartesios, que no es más que una extrapolación del siglo XVI de las luchas que presentan Oriente y Occidente desde el medievo.

Pero con la obra de Morales y de Mariana se inicia el cambio en el discurso, pues el sur aparece representado como un lugar rico y culto pero débil a causa los contactos extranjeros, mientras que el norte será un lugar menos refinado pero luchador que intenta mantener la esencia española.

En esta centuria quedará instaurado este doble modelo, el cual marcará la historiografía de los siglos posteriores, en la que Tarteso y el sur han sido tomados como la base de la institución monárquica y de la civilización, pero desechados en la lucha contra Oriente, ya sean fenicios, cartagineses o musulmanes, disputa capitaneada por el norte que no quiere perder su identidad española.

Ya en el siglo XVII será muy común ver en las historias locales como los descendientes de Noé fundarán ciudades y reinos en Europa para ser vinculados con el pasado bíblico dando lugar a falsificaciones y manipulaciones para justificar derechos y tradiciones de la Antigüedad (Mora, 1998:19). En la historiografía española se realizaron numerosas falsificaciones, son los conocidos como los *Falsos Cronicones* de entre los siglos XVI-XVIII, pues como dijo Jerónimo Román de la Higuera; "Era lícito falsear la Historia cuando el honor o el interés de la patria lo exigía". No será hasta en el XIX cuando sean suprimidos a raíz de la obra de José Godoy Alcántara en 1868, *La Historia de los falsos cronicones* (Mora, 1998: 22).

Durante el siglo XVII, el tema de Tarteso será impulsado por esa identificación con la Tarsis bíblica y con el Tarteso de las fuentes grecolatinas, que antes mencionábamos. Esto se deberá principalmente a la obra de J. Goropio Becano de 1580 durante el reinado de Felipe II, cuya hipótesis no despegará hasta 1608 con la obra de J. de Pineda, *De rebus Salomonis*, en la que ensalza la figura del rey judío, y en consecuencia la importancia de Tarteso y su papel en la Biblia (Álvarez, 2005: 34) (Celestino, 2016: 36-37). En este periodo verán la luz las obras del alemán S. Bochart, en la misma línea que Pineda y que dio a conocer al resto de Europa dicha identificación, y las de R. Caro (1634) o B. de Aderete (1614) que ejercen una dura crítica contra los Falsos Cronicones pero que no podrán competir contra su popularidad por lo "coherente" de su historia en la exaltación del pasado nacional (Álvarez, 2005: 35).

Tras un periodo de crisis demográfica, económica y de aislamiento internacional a finales del siglo XVII, se iniciará al final del reinado de Carlos II una época de apertura donde penetrarán nuevas ideas frente a la escolástica universitaria, se trata de los *novatores*, los cuales se pueden entender como pre-ilustrados. Ellos introducirán ideas como la libertad de pensamiento, creencia en el progreso y la necesidad de una crítica histórica. Estas nuevas ideas se materializarán en la década de los treinta del siglo XVIII de la mano de Gregorio Mayans y el padre Feijoo (Mora:1998: 31).

No será hasta la llegada de los Borbones cuando se dé un impulso a la filosofía ilustrada y a la libertad intelectual, especialmente con Felipe V, el cual creará toda una serie de academias y bibliotecas con la intención de difundir la Ilustración entre el pueblo. Aunque la Ilustración entendida como un movimiento de recuperación del clasicismo, ya iniciado en el Renacimiento, no llegará hasta los reinados de Fernando VI y Carlos III.

Para François López la Ilustración, en lo que al ámbito de la cultura se refiere, podemos encontrarla en ese nacionalismo intelectual donde se observa el desarrollo de estudios históricos y la reedición de los clásicos latinos y españoles como Nebrija o Mariana. Nacionalismo intelectual que dará pie a numerosas obras de historiadores

locales, con fines varios, en busca del engrandecimiento o la obtención de privilegios de sus localidades basados en la tradición clásica (Mora, 1998: 34).

Debemos destacar de este momento un cambio en el tratamiento de la imagen de los fenicios, de los que se sacará su lado más “amable” y a los que se sitúa en la génesis de Tarteso dentro del contexto europeo en el que se produjo un nuevo interés por el mundo oriental. Esta variación se debe al giro en el pensamiento ilustrado a la hora de realizar una lectura más crítica de las fuentes, llegando incluso a plantear el marqués de Valdeflores que el origen de Gargoris y Habis es fenicio, y por tanto rompiendo con la tradición del XVI y XVII que los consideraban como los reyes primitivos de los españoles. En consecuencia, los fenicios pasaran a ser considerados, a partir de este momento, como agentes civilizadores, por tanto parece que estamos ante una revalorización de Oriente, la cual no durará excesivamente, debido a que los temas relacionados con Tarteso no volverán a suscitar interés hasta finales del siglo XIX. Si bien es cierto que, en este repunte por lo oriental en Tarteso residirá el origen del pueblo español, siendo atrapado por la ilustración y sus valores, de esta forma se le quitará al sur su esencia histórica para dársela al conjunto del territorio nacional. Tarteso seguirá en manos del norte, que lo moldeará durante estos tres siglos y que cuyo discurso basculará en función de la visión o disputas que se tenga con Oriente.

Ya en el siglo XIX se materializa la desintegración del Antiguo Régimen y la construcción del Estado Liberal, el cual necesita una nueva imagen del pasado nacional. Obteniendo de la Historia la fórmula legitimadora dentro de los nacionalismos con el fin de dar un cuerpo ideológico a la nueva sociedad burguesa. Los nuevos discursos históricos actuarán como herramienta de unificación al intentar demostrar la existencia de un pasado común, a través de un esencialismo exacerbado.

En esta nueva España, la historiografía volverá a lamentar el periodo de desunión y de invasiones extranjeras continuadas en la Antigüedad, de esto sacará partido la monarquía centralista de Isabel II para ejemplificar como ha de ser el pueblo español. La Historia comienza a coger un cariz didáctico y adoctrinador, convirtiéndose en instrumento para transmitir los actos valerosos y el espíritu de independencia de la nación española a través de episodios como los de Numancia, Sertorio o Viriato, constituyéndose estos como ejemplos de virtudes nacionales que serán representados en todas las artes (Álvarez, 2005: 47-49).

En la historiografía decimonónica Tarteso cae en el olvido a causa de la complejidad y heterogeneidad del mundo prerromano, el cual no terminaba de ajustarse a las pretensiones de unidad que procuraba el Estado Liberal. Como consecuencia se volverá a los esquemas del siglo XVI, en los que la esencia de lo español la tendrán los pueblos resistentes del centro y del norte, en contraposición al mestizaje e integración que se les suponía a las comunidades del sur y que se identificaban como signos de debilidad.

En estos momentos, los fenicios volverán a cargar con la culpa de la destrucción de Tarteso, la cultura de los primigenios españoles que fueron engañados por estos semitas. Se romperá por tanto con el modelo ilustrado, volviendo al esquema del norte salvador en la lucha contra Oriente. Esta visión la podemos comprobar en la obra más importante en cuanto a Antigüedad se refiere, el *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua Tarraconense, Bética y Lusitania* de 1835 de M. Cortés y López (Álvarez, 2005: 50).

En la misma línea se encuentra la *Historia General de España* de M. Lafuente (1850) que se convirtió en el referente de esta nueva historia nacional en sustitución de

la de Mariana. Tarteso no es considerado como parte activa en la constitución del carácter español, puesto que al estar “contaminados” por lo fenicio no podían ser un modelo ejemplar en el que basar la génesis del pueblo hispano, en contraposición a los celtas y a los iberos que se consideraban puros. Esta visión determinará la segunda mitad del siglo XIX, con la excepción de J. Guichot que en 1869 escribirá su *Historia de Andalucía*. En este caso el esquema esencialista de Cortés y López y Lafuente se aplicará al caso andaluz, pues será donde se inicie la resistencia frente a los cartagineses en el siglo VI a. C. y continuará hasta 1492. Guichot argumenta que Andalucía es el primer lugar de asentamiento y de desarrollo cultural tras el Diluvio, siendo por tanto Tarteso la primera civilización de España y de Europa, añadiendo las ideas de Valdeflores sobre los fenicios quienes dieron a Tarteso una edad de oro hasta la llegada de los cartagineses (Álvarez, 2005: 56-58).

A finales del siglo XIX se produce un cambio en la visión a partir de los conflictos coloniales de las potencias europeas y comienza a apostarse por un modelo de peculiaridades culturales o etnicistas dentro los movimientos nacionalistas de estos momentos. Será ahora cuando se concrete un cambio en la concepción de Tarteso, desvinculándolo de lo fenicio y acercándolo a lo griego dentro del contexto filohelene europeo, aunque a principios del siglo XX surgirá una reivindicación por un Tarteso indígena y por tanto español.

5. El siglo XX. Arqueología e historia, colonizando desde la academia

Esta será la centuria de esplendor de Tarteso en lo que a historiografía se refiere, y en la que se buscarán sus transformaciones socioeconómicas y políticas. Debemos entender que la Historia y la Arqueología se han terminado de constituir como disciplinas, entendiéndolo a la segunda como una rama o técnica de la primera. Las primeras tres décadas de este siglo estarán copadas por un sentimiento constante de “crisis”, entre la pérdida de las colonias en 1898 y la Guerra Civil, con las repercusiones sociales y económicas que se vivieron en este periodo.

Posiblemente esta recuperación por el interés en Tarteso se deba a la aparición de corrientes como el irracionalismo y el vitalismo en contraposición de los paradigmas de las ciencias sociales como el positivismo o el evolucionismo imperantes en ese momento. En este ambiente de crisis, la Historia se formaliza como un viaje a un pasado mítico, exótico y misterioso, siendo Tarteso el enigma histórico con rasgos orientales que no pocos vincularon con la Atlántida de Platón en este momento. Los cambios de visión de los movimientos nacionalistas de este siglo reinterpretarán Tarteso desde presupuestos esencialistas frente al nacionalismo tradicional español decimonónico (Álvarez, 2005: 71-72).

Ahora debemos diferenciar entre el Tarteso historiográfico y el Tarteso arqueológico, lo que hace aún más complejo este fenómeno. Ante tal enredo hemos decidido para este trabajo centrarnos en el primero concretamente en la apropiación que hicieron de Tarteso el andalucismo, el franquismo y el posterior estado de autonomía, aunque hagamos un breve recorrido por el segundo.

5.1. El Tarteso arqueológico

Entre finales del XIX y principios del XX surgen dos personalidades en el mundo de la investigación histórica que no necesitan apenas presentación, G. Bonsor y A. Schulten. Ambos, pese a tener visiones diferentes, se mueven dentro del paradigma

histórico-cultural, que aplicado a Tarteso se basaría fundamentalmente en la búsqueda de la ciudad “perdida”, concibiéndola como una cultura superior y de formación política compleja, un reino. Para su búsqueda emplearan las fuentes clásicas como guía sin realizar un análisis crítico de las mismas, tal como Schliemann hiciera en su búsqueda de Troya con Homero. Su objetivo principal será la búsqueda de los orígenes de las naciones europeas en el pasado clásico.

Por su parte Bonsor publicará en 1899 su monografía *Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis*, el cual habría estado poblado por sucesivas oleadas de colonos fenicios que traerían consigo una gran cantidad de aportes técnicos y cívicos a Andalucía, así como el ritual funerario de la incineración, superando las inhumaciones en túmulos del periodo anterior.

Para Bonsor, Tarteso sería la primera ciudad fenicia fundada por los tirios en Andalucía y que se corresponde con la Tarsis bíblica, dentro del difusionismo orientalista que daría lugar al desarrollo cultural europeo. Su gran aporte fue el de entender a Tarteso como un territorio culturalmente homogéneo y unificado, pero que dentro de su positivismo, no lo presenta idealizado pese a mostrar una fe ciega en las fuentes clásicas. Propuso que la posible ubicación de la ciudad fuera el Coto de Doñana, concretamente Cerro del Trigo, línea que continuaría años después A. Schulten.

Por su parte, A. Schulten desarrollaría su labor investigadora en el periodo de entreguerras, con la crisis de las democracias europeas, la depresión social y económica de posguerra. Muy influenciado por las teorías difusionistas de la escuela histórico-cultural de Viena, en la que se formuló el *Ex Oriente Lux* que venía a explicar que toda cultura deriva de Oriente y como consecuencia se produciría una idealización de la cultura antigua. Desde este paradigma, Schulten entendería a Tarteso como una derivación de los tirsenos, unos de los Pueblos del Mar que colonizarían Italia y el sur de España dando lugar a los etruscos y a los tartesios respectivamente. Para el filólogo alemán, Tarteso sería la Atlántida ubicándola como Bonsor en Doñana, pero que a diferencia de este último la influencia positiva vendría de la mano de los griegos y su destrucción por la de los cartagineses. En 1924 publicaría su *Tarteso. Contribución a la historia más antigua de Occidente*, basándose en las fuentes clásicas para su búsqueda, especialmente en Avieno. Su obra marcaría de tal manera a la historiografía de su momento que posiblemente no se haya superado aun, existiendo obstinados quienes intentan encontrar la ciudad perdida a día de hoy (Celestino, 2016: 41-43) (González, 1992: 81) (Cruz y Wulff, 1993: 184-189) (Cruz, 1987: 227-228).

En la España de Posguerra se producirá una idealización del pasado primitivo de la nación que sumado a la falta de análisis científico sobre la materialidad de Tarteso, producirán una amplia literatura para localizar la ciudad. Podemos destacar a este respecto los trabajos de C. Pemán (1941) o J. Chocomeli (1949), los cuales conciben un Tarteso esencialmente hispano (García y Bellón, 2009: 78). Aparece en estos momentos un nuevo enfoque de la mano de A. García y Bellido, que en su *Fenicios y Cartagineses en Occidente* (1942), una historia despolitizada en la que niega las tesis de Schulten sobre una invasión etrusca de la península ibérica, tesis que caló muy bien en los círculos franquistas. Propone que los tartesios son un pueblo indígena de expertos navegantes, los cuales iniciarán a los fenicios a navegar más allá de las Columnas de Hércules. Por lo tanto, Tarteso pasa a ser un fenómeno hispano, teoría que elabora basándose en las mismas fuentes que A. Schulten pero desde una perspectiva mucho más crítica (García y Fernández, 2010: 65).

Una vez pasados los años cuarenta y mitigada un poco la influencia schulteniana, pasamos a resumir brevemente el desarrollo arqueológico del mundo tartesio, puesto

que debido al volumen de obras y autores sería inabarcable en este trabajo, aunque pasaremos a citar sus ideas principales.

El positivismo historicista de los cincuenta y sesenta vinieron marcados por la identificación de Tarteso a través de su cultura material, basada en el difusionismo como agente civilizador. Aparece el “orientalizante”, ya sea tirseno, fenicio o griego como factor de aculturación insertándolo en procesos que se estaban dando en el Mediterráneo, por lo que todo lo oriental comenzó a entenderse como Tarteso. Se ignorará la capacidad de cambio de las propias comunidades locales, ya que el “progreso” solo puede llegar desde fuera. En este periodo los estudios históricos fueron olvidados, y la arqueología se consideró suficiente para la búsqueda de la ciudad perdida, objetivo que habían heredado del periodo anterior. Esta nueva arqueología tartesia se inaugura de la mano de J. Maluquer (1955) y la caracterización de su materialidad, entendida como un proceso cultural mixto (celta, fenicio e indígena) producido en Tarteso (García y Bellón, 2009: 82) (Álvarez, 2009). En 1958 se produce el descubrimiento del Carambolo por parte de J. Mata de Carriazo, el cual lo identifica como un producto eminentemente tartesio (Ferrer, 2017).

Durante los años sesenta y setenta la arqueología norteamericana pasó a utilizar el paradigma procesualista en los estudios arqueológicos de tiempos históricos, todos ellos animados por Lewis Binford, el cual les arengó a emplear métodos de contrastación y de evaluación que eran aplicados por los arqueólogos prehistóricos. La idea que subyacía era la de utilizar estos datos como documentación de alcance medio para elaborar argumentos más “robustos” en esa interpretación científicista del pasado (Johnson, 2010: 192-193).

Especial importancia tuvo el encuentro de Jerez de la Frontera de 1968 con el título de *V Simposio de Prehistoria Peninsular. Tarteso y sus problemas*, donde se acuñó el lema “déjate de Avieno y husmea el terreno”, que enmarca esa nueva visión que tenía la arqueología de cómo se debía estudiar el problema tartesio (González, 1992: 82-87) (Álvarez, 2005: 170-185) (Celestino, 2016: 51-57).

Ya en los setenta y ochenta, la búsqueda de la sociedad tartesia se focalizará en el Bronce Final dentro de un paradigma autoctonista de metodología positivista, centrada en la estratigrafía para encontrar los límites geográficos y cronológicos de la cultura tartesia. En esta ocasión se empleará un enfoque multidisciplinar para comprender las dinámicas internas y la evolución de estas sociedades, entendiendo que las aportaciones externas se harían de forma parcial y selectiva. Una sociedad organizada en jefaturas complejas o protoestados, articulados a través de asentamientos independientes tipo proto-ciudades-estado, por lo que la idea de un reino unificado comienza a diluirse. De este momento destacamos las figuras de Aubet, González Wagner, Almagro Gorbea (González, 1992: 85-103) (Celestino, 2016: 58ss).

La arqueología posprocesual de principio de los años ochenta había comprendido que la cultura material debe contemplarse como algo que encierra significados, los objetos eran algo más que artefactos para hacer frente al entorno. Rechazando de esta forma la confianza mostrada por Binford en su teoría de alcance medio como árbitro neutral para conocer el pasado, por lo que la cultura material no era un reflejo pasivo de un conjunto de normas (Johnson, 2010: 133).

Tras un encuentro en Huelva en 2011 y su posterior publicación con el título de *Tarteso. El emporio del metal* se escribió un manifiesto que marcarían el estado actual sobre el pensamiento acerca de lo tartesio (2011: 651-653). En él se lanzan las siguientes líneas maestras; Tarteso sería una cultura del suroeste peninsular

confluyente con la presencia estable de los fenicios que eclosionan en una riqueza y brillantez a la que aluden las fuentes griegas. Sobre la correspondencia de Tarteso con el Tarsis bíblico no es segura pero no se descarta. Se produciría un mestizaje en los asentamientos tanto locales como fenicios, aunque sería una cultura iniciada en el Bronce Final con una jerarquización incipiente partir de los primeros contactos precolonización y que estaría organizada en ciudades-estados con un jerarca al frente, sienta de base agropecuaria y minera. En esta obra participaron autores como S. Celestino, M. Bendala, J. L. Escacena, F. Wulff o G. Cruz entre muchos otros.

5.2. La historiografía del XX. El nacionalismo andaluz y el nacional catolicismo

En Andalucía se inaugura el siglo XX con un artículo de Manuel Gómez-Moreno bajo el título *Arquitectura tartesia: la necrópolis de Antequera* (1905), el cual fue la base para arraigar a los tartesios al territorio andaluz desde la Prehistoria a través del megalitismo. Su argumento se basa en que no hubo evolución entre el Paleolítico y el Neolítico en la península ibérica, y que todos los avances anteriores a los fenicios vendrían de la mano de unos colonizadores orientales, a los cuales las fuentes se refieren como Tarteso. Schulten tomó a Gómez-Moreno en lo que a las tirsenas se refiere, como esos primeros colonos y punto de partida de lo tartesio. Esta visión nacionalista y esencialista sentará las bases de la investigación de las décadas venideras.

Pero sin duda el personaje que más hizo por buscar la raíces de lo andaluz en Tarteso fue Blas Infante con su obra *El Ideal Andaluz* publicada en 1915. A diferencia de Guichot, observamos la radicalización de los componentes idealistas, ahora serán los griegos los que darán a los tartesios su esplendor cultural, quitándole cualquier traza semita a Andalucía (Álvarez, 2005: 74). Blas Infante llegó a escribir que:

La primera cultura histórica, también es creación de Andalucía. Es la cultura de Tarteso. Inventa el bronce, perfecciona la navegación y elabora el primer estado político de occidente. Cultura refinada en todos los aspectos de la creación espiritual, como las anteriores directoras del mundo, a lo menos en sus inicios (2015: 22).

La obra de Infante supone una reformulación de la historia de España dentro del contexto de creación del nacionalismo andaluz, en el que aplica un romanticismo teórico donde se observa el *genio* atemporal del pueblo andaluz y cuyo espíritu no desaparece pese a las invasiones extranjeras, las cuales aportaran avances culturales, pero sin cambiar la esencia nativa (Álvarez, 2005:75).

En cuanto al uso social del término Tarteso, se observa cómo se ha empleado para la creación de la identidad, como elemento de un sentimiento colectivo de un nosotros frente a unos otros (Barth, 1976) identificando en este caso como el origen de la identidad andaluza. Por tanto, el uso social de Tarteso se ha visto asociado a los supuestos orígenes de la nación andaluza a través de elementos de fusión de lo oriental con lo occidental, de la asimilación de lo foráneo con lo local en la creación de una nueva cultura. Esta línea de continuidad de lo andaluz, considera a Tarteso como el origen de un *continuum* de identidad cuyas características tienen que ver con la apertura a las culturas llegadas desde el Mediterráneo.

Ya durante el Nacional-Catolicismo se necesitaba realizar una reformulación de la historia de España en la que los vencedores quedaran legitimados en el poder, pero basada en modelos tradicionales del siglo XVI, por el que España fue invadida por extranjeros desde la Antigüedad a causa de la desunión política de los pueblos

hispanicos, lo que venía siendo un claro mensaje según M. Álvarez (2005) a federalistas y republicanos.

Para la historiografía franquista la unidad de España se inicia con los visigodos, ya que España no existe como tal hasta su cristianización y cuyo punto álgido se localiza en la figura de los Reyes Católicos y los Austrias “mayores”. Debido a que toda etapa anterior a lo godo era pagana y a la falta de unificación de las poblaciones hispanas, trajo como consecuencia que este periodo no gozase de especial interés por razones obvias (Bellón y García, 2009: 77).

En lo referente al tema de Tarteso, la diferencia con el modelo conservador radica en el aglutinamiento de discursos, tomando por un lado el valor y resistencia celtibera y por otro la riqueza y esplendor tartesio, por lo que la diferencia de estos pueblos no supone ya en escollo en la unidad esencial de España.

Los nuevos intereses por los temas tartesios tras la Guerra Civil se insertan en la idea de Imperio hispánico y la de Imperio tartesio con autores como A. Tovar (1941) y R. Maeztu (1934) que tomarán las bases del *Tarteso* de Schulten como primer imperio territorial y la primera civilización occidental, que los autores falangistas entroncaron con los Austrias.

En este momento Tarteso se consolidará como el primer imperio puramente español y parte de las glorias de España, pero de origen autóctono, por lo que las tesis de Schulten fueron desechadas y se volvieron a recuperar las de Gómez-Moreno. Debido a esta nueva indigenización al amparo del ideal cultural franquista, la investigación tartesia quedará condicionada hasta finales de los setenta (Álvarez, 2005: 126). Para el análisis del caso íbero durante el franquismo, cabe destacar la obra de A. Ruiz *et ali.* (2006) *Los archivos de la Arqueología ibérica: Una Arqueología para dos Españas*.

6. Conclusiones. Decolonizando Tarteso

La Historia y la Arqueología han estado al servicio del poder a la hora de generar discursos como forma de apropiación, legitimación o colonización de conceptos del pasado en general, y en el tema de Tarteso en particular.

Todo lo que se refiere a la creación sobre el discurso pasado se puede resumir en la figura de H. White (2001: 8)³, quien consideraba que “*la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa*”. Por lo que la Historia no deja de ser los cuentos que contamos sobre nosotros mismos o sobre otros de forma organizada y jerarquizada, siendo estas las bases de la *Metahistoria* de White. Si entendemos el discurso como *metahistoria*, podemos deducir que toda la producción historiográfica, en cuanto a Tarteso se refiere, no deja de ser esa visión presentista del pasado que tuvieron los distintos autores a lo largo de los siglos. A esto debemos añadirle las tesis de Foucault (2015)⁴, el cual considera que el discurso en toda sociedad está determinado por el poder y que este está controlado y seleccionado por el mismo como manera de dominar lo aleatorio. En *El orden del discurso*, Foucault propone que las disciplinas son capaces de reactualizar continuamente las normas discursivas por lo que cada discurso nuevo se superpone al anterior, generando de esta manera una nueva “verdad” en cada nuevo discurso

3 Obra original de 1978.

4 Obra original de 1971.

(Foucault, 2015: 38). Esto nos ayuda a comprender el cambio sucesivo de discursos generados alrededor de Tarteso, los cuales han servido como justificación étnica, legitimación del poder o bases del esencialismo nacional, en términos foucaultianos.

En consecuencia, nos encontramos con una sucesión de presentes que nos narrará, a través del discurso, como entendían ellos su pasado o su presente. Así que todo discurso generado desde la Historia y la Arqueología es prisionero de su contexto de producción. De acuerdo con H. White y V. Tozzi (2003) y M. Foucault (2015), estas producciones, son narrativas que, normalmente, son ejercidas desde el poder donde los discursos se han ido imponiendo unos sobre otros según han convenido. En consecuencia, todo discurso es un “cuento” que contamos desde la subjetividad del autor. Tanto es así, que alcanzar la “verdad” objetiva se nos antoja una quimera, ya que al igual que el pasado esta no existe.

Entonces deberíamos replantearnos si existe un Tarteso desde el sur, pues por todo lo anteriormente expuesto parece que no, ya que siempre respondió a necesidades en la lucha de Oriente contra Occidente que emanaba desde la centralidad del poder. En palabras de J. A. González (2005) “El oriente se traslada de lugar conforme Occidente se desplaza a nuevas geografías”, y eso es Tarteso, un concepto que se desplaza conforme Occidente necesita escribir y reescribir su Historia, el cual basa su identidad en la Antigüedad Clásica.

Tarteso entra de esta forma en la memoria cultural de la colectividad, siendo ésta la base para desarrollar comunidades fuertes y asentadas, pues han de anclar la existencia del grupo en un pasado remoto, casi originario, creando un puente de tiempo más largo que el de las circunstancias naturales. Esta memoria ha de ser cultivada por la comunidad, especialmente por rituales repetitivos y fijados, monumentos, etc., siendo la cultura escrita sólo una parte de esto (Gehrke, 2010: 14).

Aquí es donde Tarteso debe permanecer dentro del imaginario colectivo andaluz, como base de uno sus referentes culturales, junto con su pasado andalusí. Las memorias colectivas, pueden formalizar identidad de nación, éstas no despiertan espontáneamente, sino que se inventan, entendiendo el concepto en su sentido de imaginación o de creación, no de fabricación o falsedad, cómo si existieran comunidades “reales” que se pudieran enfrentar a las nacionalistas (Anderson, 1991: 5). Así Tarteso, aunque pertenece al devenir histórico del sur, ha sido utilizado por el norte para autodefinirse como nación, repercutiendo en la propia conciencia de nación andaluza, configurando su propia génesis en concepto y boceto de Tarteso, cuando la nación andaluza; entendida como un *summun* de sus tradiciones, procesos históricos y complejidad cultural, debería ser pensada desde sí misma para materializarse como identidad.

Tarteso lo han convertido en lo que la historiografía, los historiadores desde la centralidad del poder, han querido que sea en cada periodo, respondido a una idea diferente en cada periodo historiográfico y proyectado su discurso con el fin de desproveer a las periferias de la conciencia de sí mismas. Por lo que se puede entender a Tarteso como pretexto de uso identitario más que como objeto de investigación histórica. Los usos sociales que se le han conferido van desde justificar las colonizaciones griegas hasta el origen de la nación española o de identidades locales.

En definitiva, lo que aquí proponemos es pensar un Tarteso desde las sociedades del sur de la península ibérica y desde las sociedades mediterráneas, superando de esta forma el pensamiento occidentalista, eurocentrista y el proveniente desde la centralidad del Estado español, los cuales han venido colonizando este concepto desde la Modernidad.

Bibliografía

- AA.VV. (2011): *Tarteso. El emporio del Metal*. Campos, J. M. y Alvar, J. (Ed.). Huelva. Almuzara.
- Álvarez, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga. CEDMA.
- Álvarez, M. (2009): "Identidad y etnia en Tartesos", *Arqueología espacial*, Nº 27, pp. 79-111.
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (en inglés) (2da. edición).
- Aurell, J., Balmaceda, C., Burke, P., & Soza, F. (2013). Comprender el pasado. *Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Barcelona: Akal.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras* (Vol. 197, No. 6). México: Fondo de cultura económica.
- Blazquez, J. M. (1969): "Fuentes griegas y romanas referentes a Tarteso ". *Tarteso y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera*. Barcelona.pp. 91-110.
- Brubaker, R. (2012). Etnicidad sin grupos. *Benzecry, C.(Comp.). Hacia una nueva sociología cultural: mapas, dramas, actos y prácticas*. Bernal, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Burke, P., Aurell, J., Soza, F. y Balmaceda, C. (2013): *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Akal. Madrid.
- Celestino, S. (2016): *Tarteso. Territorio y Cultura*. Barcelona. Ariel.
- Cruz, G. (1987): "Un acercamiento historiográfico al Tarteso de Schulten". *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 10. pp. 227-240.
- Cruz, G. y Wulff, F. (1993): "Tarteso de la historiografía del XVIII a la del XX: Creación, muerte y resurrección de un pasado utópico". En Beltrán, J. y Gascó, F. (Ed.). *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua de Andalucía*. Sevilla. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- Domínguez-Rodrigo, M. (2008): "Arqueología neo-procesual: 'Alive and kicking'. Algunas reflexiones desde el Paleolítico". *Complutum*. Vol. 19(1). Pp. 195-204.
- Eliade, M. (2013) *Mito y realidad*, Barcelona, Kairós.
- Eliade, M. (2013): *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona. Ediciones Paidós.
- Foucault, M. (2015). *El orden del discurso*. Tusquets. Barcelona.
- Gadamer, H. G., y Mélich, J. C. (1997). *Mito y razón* (No. 1Gad). Paidós.
- García, A. (2018): *La península ibérica en la Antigüedad y el medievo. De los tartesios a los Reyes Católicos*. Madrid. Salvat.
- García, F. J. y Bellón, J. P. (2009): "Pueblos, Culturas e Identidades Étnicas en la Investigación Protohistórica de Andalucía (II): de la Posguerra al Cambio de Siglo", en *Identidades, Culturas y Territorios en la Andalucía Prerromana*, Málaga, pp. 75-132.

- García, F. J. y Fernández, M. A. (2010): "Esencialismo, Normativismo, Postmodernismo: las Interpretaciones Sobre la Etnicidad en la Arqueología Española", *Gerion*, Nº 28 (2), pp. 47-78.
- Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*, trad. *Alaberto L. Bixio*, Editorial Gedisa, Barcelona.
- Gherke, H. (2010): "Greek representations of the past". Foxhall, L. y Luragui, N. (Ed) en *International History: Spinning Time in Ancient Greece*. Stuttgart. pp. 15-33.
- González, C. (1992): "Tarteso en la historiografía: Una revisión crítica". *La colonización fenicia en el sur de la península ibérica. 100 años de investigación*. Instituto de estudios almerienses. pp. 81-103.
- González, J. A. (2005): *El orientalismo desde el sur*. Anthropos, 2006, pp. 368.
- González, J. A. (2014). *El mito de al Ándalus. Orígenes y actualidad de un ideal cultural. España*: Almuzara.
- González, P. y Pulido, C. (2020): "Tarteso: mito e historia en el análisis de un ideal cultural andaluz". En Córdoba, J. y González, P. *Pensando Andalucía. Una mirada transdisciplinar II*. Granada (En prensa).
- Goody, j. (2011): *El robo de la Historia*. Madrid. Akal.
- Gosden, C. (2008): "*Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*". Bellaterra Arqueología. Barcelona. PP: 39-154.
- Gosden, C. (2008): "*Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*". Bellaterra Arqueología. Barcelona. PP: 39-154.
- Infante, B., Lacomba, J., y Garrido Peña, F. (2015). *Ideal andaluz*. Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Johnson, M. (2010): *Teoría arqueológica. Una introducción*. Akal. Barcelona
- Kuhn, T. (1978): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de cultura económica (Ed.). México D.F.
- Lévi-Strauss, C. (1987). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, C., y Arruabarrena, H. (1987). *Mito y significado*.
- Littleton, C. S. (1973). *The new comparative mythology: an anthropological assessment of the theories of Georges Dumézil*. Univ of California Press.
- Maluquer, J. (1984): *Tartessos. La ciudad sin historia*. Ediciones Destino. Barcelona.
- Mora G. (1998): *Historias del mármol. La arqueología española en el siglo XVIII*. Anejos del Archivo español de arqueología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- Mora, G. (1998): *Historias del mármol. La arqueología española en el siglo XVIII*. Anejos del Archivo español de arqueología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- Rohbeck, J. (2015): *Filosofía de la historia. Historicismo-Posthistoria. Una introducción a la razón histórica*. Baumann, B. (trad.). Editorial de la Universidad de Granada. Granada.
- Said, E. W. (1999). *Orientalismo* (Vol. 279). Feltrinelli Editore.

Schulten, A. (1922): *Tarteso. Contribución a la historia mas antigua de Occidente*. Almuzara.

Stone, J. (Ed.). (2016). *The essential Max Müller: On language, mythology, and religion*. Springer.

Täckholm, U. (1969): “El concepto de Tarsisch en el Antoguo Testamento y sus problemas”. *Tarteso y sus problemas. V Symposioum Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera*. Barcelona.pp. 79-90.

Víctor, T. (1999). *La selva de los símbolos. Siglo XXI, Madrid*.

White, H. V., (2001): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica. México.

White, H., y Tozzi, V. (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.

Wulff, F (2003): *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua*. Barcelona. Crítica.



© 2021 por el autor. Licencia a ANDULI, Editorial Universidad de Sevilla. Este artículo es un artículo publicado en acceso abierto bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Attribution (CC BY) (<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>).

